84

PRESENCIA

LA POLITICA DE «AUSTERIDAD» NO HACE SINO DESARROLLAR COMUNISMO

PRESENCIA refirma con fuerza la tesis de que el comunismo avanza y avanza rápidamente en el país y de que este avance rápido se efectúa de modo particular por la aplicación en gran escala y desde los grandes centros clave del poder político, de *la dialéctica de la acción*.

La nación, como nación, ha sido metida en una tenaza dialéctica en la cual la movilización de su riqueza se efectúa en forma decisiva desde los centros financieros mundiales. Estos operan sobre nuestra economía a manera de una bomba absorbente, de suerte que, aunque se produzca riqueza en nuestro país, quedamos empobrecidos, por cuanto ella nos es arrebatada por ese capital financiero internacional. Esta dependencia desventajosa de nuestra riqueza y de nuestra economía respecto al capital extranjero determina en la sensible conciencia nacional una reacción: lo que se llama el antiimperialismo o el anticolonialismo. Esa acción, la de lo que se llama imperialismo, y esa reacción, la de lo que se llama antiimperialismo, entran en juego dialéctico mediante una causación recíproca que hace que la una determine y aumente los efectos de la otra.

Pero existe un segundo juego dialéctico. Este no se efectúa en la nación como nación respecto a las grandes potencias mundiales, sino dentro mismo de la población, entre un sector —el sector empresarial, sobre todo el exportador— y la masa de la población que vive de sueldos y jornales fijos. La población ha sido metida en un juego dialéctico por el cual la movilización de la riqueza del país se hace en forma tal que el sector empresarial recibe un beneficio desproporcionado en comparación del que percibe en ingresos el sector asalariado. Se establece así una dialéctica, una lucha, entre empresarios y asalariados, entre ricos y pobres, entre barrio norte y el resto de la población, entre oligarquía y trabajadores, entre burgueses y proletarios.

Este segundo juego dialéctico no es independiente del que señalamos anteriormente. En realidad, y de hecho, el sector exportador y empresarial de la oligarquía nacional actúa como agente de la gran oligarquía internacional. Sea por deformación mental, sea por comunidad de intereses, existe una conjugación del capital internacional y del nacional para formar un frente común contra el país y contra la masa de la población. Sucede, entonces, que puede hablarse de un grande y único juego dialéctico en el que por un lado actúan los grandes grupos financieros coligados con los empresarios y profesionales de la oligarquía nacional, y por el otro el país con su masa de población despauperizada, o que al menos no progresa al ritmo del otro sector privilegiado.

¿Cómo se mete al país y a la población en este juego dialéctico?

En nuestro primer número hemos nombrado la célula comunista que ha actuado como agente directo promotor y visible de la iniciativa de este juego dialéctico. Pero ahora y aquí vamos a examinar el planteo económico que se ha formulado para imponer al país y a la población esta tremenda tenaza dialéctica que la va oprimiendo poco a poco, de modo invisible pero seguro, y que junto con la guerra revolucionaria que se lleva en el plano universitario, cultural, publicitario, gremial y político ha de conducir al país a un pronunciamiento en favor de un nacionalismo de izquierda. Porque allí —por ahora— se quiere llevar al país. A que se pronuncie en el plano electoral, si es posible, en favor de un conglomerado de izquierda que levante las banderas de un "antiimperialismo comunista", de un "nacionalismo marxista", de una "liberación" nacional bajo la efigie de un grande y magnetizante barbudo. Luego lo otro vendrá poco a poco. El comunismo, de acuerdo a la ley dialéctica de que el salto revolucionario debe ser prolijamente preparado por aumentos cuantitativos, nunca quema etapas y siempre procede gradualmente. El comunismo propiamente tal no es sino término de un proceso larga y prolijamente preparado. Así se engañan los tontos, porque mientras el comunismo les va apretando la garganta, confiesan que todavía no hay comunismo porque no ha acabado de apretársela del todo. Es claro que cuando el comunismo termine su operación no estarán en condiciones de confesar nada.

Pues bien, en esta operación de preparación del comunismo en el país, el plan económico llena un papel muy importante y en cierto modo decisivo, en cuanto crea *las condiciones objetivas* de malestar social, de donde el aparato comunista va a tomar pie para envenenar los grupos sociales y estimular el funcionamiento de la dialéctica, que es su llave maestra en la propagación del comunismo.

Este malestar social brota como de causa directa de la *situación especial de injusticia* en que se halla hoy el sector que vive de salarios y de sueldos. En efecto, tengamos presente que sobre la renta nacional corresponde a sueldos y salarios el 45 por ciento, cuando en los Estados Unidos corresponde el 66 por ciento y en Europa continental el 60 por ciento. Nuestra masa asalariada se encuentra en una situación de flagrante injusticia que clama al cielo. Cuando diez años atrás el sector asalariado se sentía satisfecho en lo que a remuneración se refiere, percibía tan sólo un 55 por ciento de la renta nacional, es decir, bastante menos de lo que se le paga en los Estados Unidos y en Europa continental. Pero lo que recibe hoy —el 45 por ciento— es poco más o menos lo que recibía antes de la revolución del 43. Por ello aquella revolución fué aclamada por el pueblo y mereció su más amplio apoyo.

Nuestras clases dirigentes deben comprender que el estado de evidente injusticia a que están sometiendo a nuestra masa asalariada acabará, de un modo o de otro, por producir un nuevo 17 de octubre; pero ya éste no podrá cumplirse ni se cumplirá como aquél en un clima fascista, sino en un clima comunista. No es necesario ser profeta para vaticinar que, de prolongarse este malestar social, se ha de producir entre nosotros un pronunciamiento popular de signo y de carácter muy sombrío. A este pronunciamiento concurre la actividad febril que despliega el sector comunista en el campo político y gremial, de la que son expresión significativa última las palabras del gremialista Amado Olmos exigiendo "la hegemonía de la clase obrera en la dirección táctica del partido Justicialista". (*La Razón*, del 14.7.61).

Sobre qué base se impuso la implantación del actual plan de hambre

La justificación del plan se hizo allá en diciembre del 58, cuando se puso en vigencia el plan económico que se concertó con el Fondo Monetario Internacional. Entonces se hizo una gran propaganda sobre el estado de bancarrota en que se hallaba el país y sobre la necesidad impostergable de ponerle remedio mediante un plan de austeridad que castigase el consumo y favoreciese el ahorro, y con él la producción.

1º) Había que poner remedio al déficit de la balanza comercial, que representaba en 1958 un monto de 256 millones de dólares. Para ello, no se encontraba otra solución que consumir menos en el mercado interior, para que el ahorro fuese mayor, y con ello la exportación.

2º) Al disminuir el consumo, se habría de estimular el ahorro. Ello sólo podría hacerse si *se estabilizaba* nuestra moneda, porque de seguir el proceso inflatorio no podría haber interés en conservar una moneda que se desvalorizaba.

3º) Como se consideraba al país en bancarrota y descapitalizado, se consideró de necesidad impostergable atraer al capital extranjero en gran escala. Se presentaba a éste como la única solución que había de sacarle del trance en que se encontraba y que le había de asegurar un alto desarrollo.

Para alcanzar estos objetivos se tomaron una serie de medidas, de las cuales la primera fué la de devaluar fuertemente el peso, que de cuarenta por dólar se llevó a 82. Con ello se produjo automáticamente un alza de todas las mercancías, con lo cual se redujo el valor real de sueldos y salarios. Los asalariados se vieron perjudicados en sus ingresos reales y todo el sector exportador se vió favorecido con grandes beneficios. Así, si en 1958 el ingreso total en el país es de 299 mil millones, correspondiendo al sector asalariado 155 mil millones, o sea un 51 %, en cambio en 1960 es de 690.500 millones, correspondiendo al sector asalariado 317 mil millones, es decir, un 45 %.

Si mientras los salarios y sueldos nominales pasan de 155 mil millones en 1958 a 317 mil millones en 1960, es decir, se multiplican por dos, el ingreso neto de los empre-

sarios, trabajadores por cuenta propia, propietarios e intereses pasa de 137 mil millones en 1958 a 373 mil millones en 1960, es decir, que se multiplica por tres, y el beneficio del sector extranjero pasa de 1.200 millones en 1958 a 4.700 millones en 1960, o sea que se multiplica por cuatro.

Las cifras registran con claridad un sensible mejoramiento del sector empresarial, sobre todo del extranjero, a costa del sector asalariado, que se perjudica notablemente. Mientras aquéllos reciben mejoras nominales de tres y cuatro veces superiores, éstos las reciben de sólo dos veces. Es decir, que en valor *real* se ven sensiblemente defraudados.

Por otro lado, se hizo una política de mendiguez de capitales en todas las plazas del mundo, de tal suerte que las obligaciones del país con el extranjero aumentaron sensiblemente. De 435 millones de dólares en 1958, pasaron a 696 en el 60. Las inversiones y capital extranjero, que en 1958 eran de 1.848 millones de dólares, en 1960 es de 2.265.

Esta política de importación de capitales implica, como es manifiesto, una entrega de riquezas básicas del patrimonio nacional al "trust" financiero internacional. Así el petróleo, la electricidad, la industria automotriz, bancos, gasoductos, petroquímica y seguros han quedado gravemente comprometidos.

Del petróleo, sobre un total de *extracción* de 15.000.000 de m³, se ha entregado 4.000.000 de m³; y de una superficie de 10.000.000 de hc. se ha enajenado 3.500.000 a compañías inglesas y otras 3.500.000 a americanas. El mercado ha sido entregado en un 20 % a la Esso y en otro 20 % a la Shell, por 20 años, en las mejores zonas y con los mejores clientes. Se habla, asimismo, de efectuar entregas a la ENI.

De la electricidad, si llega a concretarse la operación del Dock Sud, se ha de entregar al capital extranjero el 66 % de todo el suministro, dejando para Agua y Energía lo que represente un mal negocio.

La industria automotriz significa un pingüe regalo al capital extranjero, pues se le financia la importación sin recargo de repuestos y piezas que luego son armadas aquí. Se calcula en 150 millones de dólares esta importación de repuestos, que proporciona luego una exorbitante ganancia, con la que se financia en realidad la operación.

¿Cuál fué el resultado concreto conseguido por el plan económico? Primeramente, que se produjo una disimetría, altamente injusta, en los ingresos de los distintos sectores de la población, en perjuicio de los menos favorecidos. Segundo, que toda la economía nacional ha quedado colocada en situación gravemente vulnerable debido a *la dependencia* en que se halla frente al capital extranjero. No es exagerado resumir el plan económico como *un plan de entrega de la riqueza del país, y de hambre para nuestro pueblo.*

El plan económico no ha logrado ninguno de los objetivos invocados

El plan económico ha producido efectos desastrosos tanto desde el punto de vista social como desde el nacional. Pero sobre todo ha creado las condiciones objetivas de malestar social para que la dialéctica pueda operar con fácil eficacia en la propagación del comunismo. Pero, dirá alguno, estos efectos desventajosos pueden sin duda compensarse con los grandes beneficios que ha de proporcionar en el futuro a la economía nacional. Este, por de pronto, ha estabilizado su moneda y se encuentra en condiciones óptimas para de aquí dar un salto en su desarrollo.

A esto debemos contestar en forma categórica con las siguientes afirmaciones: 1º) Nuestra moneda no se ha estabilizado sobre una base de solidez real, o lo que es lo mismo, el proceso inflatorio ha continuado. 2º) La balanza de pagos no ha encontrado solución a su déficit. 3º) El desarrollo de nuestra economía ni se ha efectuado ni puede efectuarse, so pena de malograr la aparente estabilidad. En otros términos, que el plan económico es completamente inútil para resolver ninguno de nuestros problemas económicos fundamentales y sólo sirve para generar malestar social, sobre el cual se apoya la dialéctica del imperialismo-antiimperialismo que conduce al país a un pronunciamiento comunista.

1º) *Nuestra moneda no se ha estabilizado* sobre una base de solidez real. En efecto, los medios de pago han continuado una carrera vertiginosa. La moneda y depósitos de particulares, que el año 58 era de 71.740 millones de pesos, ha pasado a 178.700 millones en el 60, y amenaza llegar pronto a 200 mil millones. Hay una contención de nuestra moneda con respecto al dólar, pero ésta sólo es *momentánea* y ha de durar mientras afluyan dólares de empréstitos y capitales que compensen la balanza de pagos. La situación de ésta se hace cada vez más insostenible para el país. En efecto, las utilidades e intereses de la deuda externa, que era de 11 millones de dólares en el 58, pasa a 61 millones en el 59, a 88 en el 60 y a 200 millones en el 61.

Rubro, como se ve, demasiado abultado y que no podrá ser enjugado por la balanza comercial, que si bien fué deficitaria en el 58 por 256 millones de dólares y dió superávit de 17 millones en el 59, volvió a dar en el 60 un déficit que el Banco Central calcula en 110 millones, pero que la Dirección Nacional de Estadística computa en 157 millones y que alcanzará los 300 millones en el 61.

La economía argentina es mantenida actualmente con el oxígeno de nuevas inversiones y préstamos y con la renovación de empréstitos y obligaciones. Una economía cada día más dependiente, más "colonialista", más comprometida en el juego dialéctico por el cual avanza rápidamente el comunismo.

Además, el producto bruto nacional, que a pesos constantes del 50 era, en el 58, de 72.350 millones, baja en el 59 a 68.900 millones y no alcanza en el 60 los 72 mil millones. Producto per cápita que baja en un 5 %, baja considerable si tenemos en cuenta que los demás países conocen un aumento per cápita en su producción del 2 % anual.

Alguien podría argüir que quizá la tasa de la inversión ha mejorado sensiblemente, lo cual supone *en el futuro* un mejoramiento substancial. Grave error. Porque si la tasa de la inversión era de 22,1 % en el 57, baja a 18,2 en el 59 y se mantiene en 21,2 en el 60. Cierto que se han hecho inversiones en maquinarias y transportes; pero si se tiene en cuenta que son éstas inversiones extranjeras, que han de desequilibrar muy seriamente la balanza de pagos, tampoco por aquí se puede esperar ninguna ventaja en el futuro.

"5 años después"...

Antonio F. Cafiero acaba de publicar un libro que lleva por título *5 años después...*, en el que hace un impresionante cotejo entre lo que él llama "la economía social-justicialista y el régimen liberal-capitalista". Aunque sea posible cuestionar los méritos que Cafiero adjudica al manejo económico del gobierno justicialista, y PRESENCIA los cuestionó en su oportunidad (ver números 1-51), no puede caber la menor duda de que a éste le corresponde una superioridad sumamente ventajosa con respecto a la política económica desarrollada posteriormente tanto por la Revolución libertadora como por el actual gobierno de Frondizi. El capítulo II, "De la crisis «prefabricada» a la crisis real", señala en 17 puntos otras tantas ventajas de la economía justicialista. A pesar de la alharaca que se ha levantado contra la economía de aquella época, no se ha hecho luego absolutamente nada para mejorar el estado de cosas, y se ha hecho mucho, excesivamente mucho para empeorarlo.

Sobre todo, el nivel de vida del pueblo ha decaído considerablemente, como lo demuestran algunos índices publicados por el Boletín Mensual de Estadística Oficial:

a) La tasa de la natalidad de la población argentina ha bajado de 24,1 % en 1955 a 22,5 % en 1959;

b) La tasa de nupcialidad ha disminuido del 7.4 % al 6.8 % en los mismos períodos;

c) El nivel de educación popular ha sufrido un sensible quebranto con una baja de la concurrencia de alumnos a las escuelas primarias y secundarias;

d) El consumo popular por habitante de los principales alimentos como carne, leche, huevos, etc., ha disminuído también.

e) Debido a esta desnutrición popular han crecido también las epidemias infantiles. El Consejo Superior de la Sociedad de San Vicente de Paul, en carta al presidente de la nación, ha denunciado "el reclamo unánime por la carestía de los elementos de primera necesidad, y entre ellos el pan y los medicamentos".

f) Este estado de miseria se refleja asimismo en la falta de viviendas, lo que obliga a muchas familias a deambular en busca de techo donde refugiarse.

g) El descenso en el nivel de vida de la población se percibe a través de la sensible disminución de los concurrentes a las diversiones y espectáculos populares. Así la concurrencia al fútbol profesional disminuyó en el último quinquenio de 4.736.697 a 3.956.642, y la concurrencia a los cinematógrafos de 64.658.000 a 54.985.800.

La actual política económica forma parte de un plan deliberado por comunizar el país

PRESENCIA sostiene que en los principales responsables de este plan existe el propósito deliberado de llevar el país al comunismo. Este propósito fué enunciado claramente por un jerarca del gobierno, quien, interrogado el 23 de mayo de 1956 —dos años antes de asumir el mandato— por altos jefes del comunismo universal en una reunión que se celebró en una casa de la calle Corrientes, de esta capital, sobre cuáles serían sus planes para la implantación del comunismo en el país, contestó: "Para la implantación del comunismo en la Argentina, necesitamos la consolidación de tres factores indispensables: caos, miseria, corrupción; sin ellos no se puede hablar de imposición del comunismo. Para ello necesitamos dos años de ejercicio efectivo del gobierno".

Y el plan se viene cumpliendo con precisión matemática debido a la insensibilidad social de nuestras clases ricas y de los grupos que debían ser dirigentes. Y se da la triste paradoja de que un país que se afana en grandes manifestaciones de fe católica, en un momento en que el más alto magisterio de la Iglesia proclama la imperiosa necesidad de una economía en favor de los sectores populares, somete a estos mismos sectores a una política de hambre y de miseria. La complicidad de nuestras clases altas y de los grupos dirigentes en esta política antihumana y anticristiana comporta asimismo su grave e ineludible responsabilidad en la propagación rápida del comunismo en el país.

PRESENCIA.

CARTA ABIERTA AL PRESIDENTE JOHN FITZGERALD KENNEDY

Buenos Aires, junio de 1961.

Apreciado señor Presidente:

Lo único que deseo al iniciar esta carta es que, si alcanza a leerla, ningún equívoco surja en su mente acerca de mis propósitos. No quiero darle consejo alguno, ni pedirle nada. Sólo deseo exponerle unas cuantas reflexiones sobre la situación en que ahora usted y yo nos encontramos en nuestra calidad de miembros de la comunidad occidental, en condiciones muy distintas, por supuesto, pero tan comprometidas la suya como la mía. Estas reflexiones me han sido inspiradas por acontecimientos recientes, cuyas causas no están debidamente exploradas, aun cuando sus efectos empiecen a hacerse notar de modo inquietante a través del mundo libre en su conjunto. Son las reflexiones de un ciudadano argentino muy interesado en la victoria del Occidente. De ese Occidente dirigido por la nación cuyos destinos usted preside desde hace seis meses después de haberse preparado cuidadosamente para esta dramática tarea durante más de diez años.

Me considero cual amigo sincero y consecuente de América y de los americanos. Pero contrariamente a la de muchos de nuestros contemporáneos, señor Presidente, mi amistad por ustedes no busca sus motivos en una prudencia o una utilidad que no excluyen, como usted sabe, el acomodo con el bando opuesto, que es lo que sucede cada vez que, como actualmente, las acciones US entran en un período de baja en las cotizaciones de la bolsa internacional de valores. Mi amistad es gratuita, por cuanto primordialmente es fruto de una tradición que perdura en mi familia desde que uno de mis mayores, corneta bajo Rochambeau, perdió una mano en Yorktown, inaugurando así un ciclo de ablaciones que se le cerró, doce años más tarde, cuando le cortaron la cabeza en nombre de la democracia y de la libertad, tal por lo menos como las entendían Robespierre y sus nobles acompañantes de la epopeya jacobina. No nos consta en la familia que este antepasado nuestro haya sacado, en este momento supremo, conclusiones lógicas acerca de los efectos y de las causas de estos dos acontecimientos, digamos, importantes, de su curso vital, ni descubierto, como Pangloss, que, puesto que "*il n'y a pas d'effet sans cause*", pudiese haber una cierta relación entre las ideas de Benjamín Franklin, a quien tanto admiraba, y los actos del Incorruptible, por el que no debía nutrir simpatías exageradas si tenemos en cuenta el paseo que este abogado progresista le proporcionó en una cierta tarde otoñal del año de Gracia de 1793. Estos hombres del siglo XVIII fueron bastante frívolones al confundir, con su querido Rousseau, razón y sensiblería, dejándose arrastrar, como si jugaran, por el mito del buen salvaje, sin caer oportunamente en la cuenta de que entre salvaje bueno (tema para concursos académicos) y salvaje malo (realidad de los tribunales revolucionarios), el margen es muy reducido. Sin embargo, frívolones y confusionarios cuanto se quiera, supieron morir con entereza y dejaron, además de muy poco dinero, un nombre limpio y recuerdos honorables. Después de todo, el abuelo corneta, al alistarse para la guerra de Independencia americana, tenía sobre libertad ideas excelentes a la vez que nebulosas, que no perdieron su bondad intrínseca por haber sido "extrinsecadas" luego por hombres menos ingenuos que él. En la familia seguimos tercamente fieles a nuestras amistades americanas, pese a Wilson, Franklin Delano y el preocupante equipo de *quiet Americans* de que usted, señor Presidente, ha estimado oportuno rodearse. La nuestra es una amistad que no ha esperado, pues, la irrupción del comunismo para manifestarse. Forma parte del legado que nos transmitimos de padre en hijo desde hace casi dos siglos, y su intensidad no varía al ritmo de las venturas y de las desgracias de Estados Unidos. Creo que tan larga fidelidad nos otorga algún derecho a hablar con entera libertad, sin que nadie pueda sospecharnos de hostilidad para con ustedes, y menos que nadie ustedes mismos.

Ésta es la razón por la que al considerar los acontecimientos de nuestro tiempo, me he visto llevado a establecer el balance de esta amistad, ya que en el juego de los efectos y de las causas de la situación en que nos encontramos, la política americana ha desempeñado papeles relevantes. Ahora bien, señor Presidente, me duele en el alma tener que decirle que este balance es de decepción y de humillación, y empiezo a temer que el corneta de marras, al ir a América en 1781, se haya hecho el sueco.

El más estricto deber de lealtad para con ustedes me constriñe a apuntar, en efecto, que en estos últimos cinco años los americanos no han sido fieles ni correctos con sus amigos del mundo libre. Por el contrario, no han desperdiciado oportunidad alguna para dejarlos debatirse solos con sus problemas más graves, cuando estos mismos amigos siempre los han acompañado en los suyos, aun teniendo conciencia de que ello podía desembocar en una tercera guerra mundial, o, en el mejor de los casos, en una reacción soviética de la que hubieran sido las únicas víctimas. Como ha sucedido no pocas veces.

Después del abandono de los húngaros en noviembre de 1956, pese a las promesas de *Radio Europa Libre* y de la escandalosa preferencia por el *bikbashi* de El Cairo, pese al *nihil obstat* del Pentágono; después de los equívocos contactos del Departamento de Estado con el FLN argelino y de la —digamos— "irresponsabilidad" con que los cubanos de Miró Cardona han sido lanzados al matadero castrista; a la luz de los triunfos cosechados por N. S. Jrushchov en los cinco continentes, los amigos más constantes y sinceros de su país, señor Presidente, nos encontramos en la obligación insoslayable de preguntarnos si la blandura, los errores y los fracasos de la política occidental orientado por ustedes no son suficientes para poner en tela de juicio la pretensión americana de seguir ejerciendo el *leadership* del mundo libre. Todo indica, en verdad, que ya llegó la hora de modificar las perspectivas políticas de nuestro sistema defensivo, de dar dimensiones nuevas a nuestras responsabilidades respectivas en las tareas de la guerra revolucionaria. *Es innegable, en efecto, señor Presidente, que mucho más que a la habilidad de Moscú los triunfos del comunismo se deben a la inhabilidad de la conducción americana.*

Lo único que ustedes parecen respetar escrupulosamente es la intangibilidad del mundo comunista, y francamente, señor Presidente, ello es llevar demasiado lejos el apego por la corrección internacional, sobre todo cuando su país simultáneamente se reveló incapaz de defender sus propios intereses en Cuba; ese mismo país que considera normal y aun loable la conducta de los "neutralistas", agentes de una conspiración ininterrumpida contra el Occidente, pero al mismo tiempo balcaniza Africa mediante la eliminación de sus aliados europeos; que eleva a la altura de un dogma el principio, por lo menos discutible en ciertas condiciones de lugar y de tiempo, de la autodeterminación de los pueblos, pero acepta como irreversible la presencia soviética en Europa centro-oriental y danubiana; que proclama su voluntad de defender la libertad dondequiera el comunismo la amenace, pero admite como lógica la neutralización de Laos, vale decir, su integración por ese comunismo y la caída inevitable del resto de Asia meridional; que subraya sin descanso su devoción por los compromisos diplomáticos, pero censura sus "violaciones" únicamente cuando se trata de las que sus aliados cometen para defenderse, nunca de las de sus enemigos; que recalca su intención de asegurar el porvenir de Berlín y de Alemania occidental, pero desconfía tanto del "reaccionario" Adenauer, que sin tapujos establece sus cálculos pensando en una victoria electoral del dudoso Willy Brandt; que califica a Salan y a Chang-Do-Yung de "fascistas peligrosos" y de "furrieles del comunismo", pero pone sus esperanzas en un de Gaulle que sueña con restaurar la *grandeur française* mediante una alianza con Rusia, y un retorno del menshevique Dr. John Chang, agente pasivo de la entrega de Corea meridional.

No crea que exagero ni que cargo las tintas, señor Presidente. Lea lo siguiente, que figura en un artículo debido a la pluma de su compatriota y mentor ideológico del Departamento de Estado, el señor Walter Lippmann, artículo titulado *Son imperativas las conversaciones*, y publicado por el diario "Clarín", de Buenos Aires, el 18 de junio de 1961. He aquí a continuación los pasajes más salientes de esa extraordinaria lucubración, inspirado por aquello que el autor llama "resultados positivos" del coloquio que en el comienzo de ese mismo mes de junio usted y el señor N. S. Jrushchov mantuvieron en Viena, pasajes que reproduzco pese a todo *copyright* y pidiéndole mil disculpas al doctor Roberto J. Noble, "reproductor", a su vez, si me atrevo a decir, del señor Lippmann en la capital argentina.

"*Un verdadero arreglo de los problemas mundiales no es posible en el verdadero sentido de la palabra, y ni siquiera concebible. Pero, en cambio, es posible y aun imperativo orillar el peligro de guerra mediante conversaciones diplomáticas que eviten a las partes ser empujadas hacia algún callejón sin salida donde no haya otra alternativa que la rendición o el suicidio*. . .

"*Esto queda ilustrado por uno de los problemas concretos encuadrados en el comunicado oficial. Se trata de Laos. Es harto evidente que Laos no representa para EE. UU. y Rusia intereses tan vitales para que una u otra nación esté dispuesta a emprender a sangre fría una guerra costosa con miras a imponer un arreglo a base de sus propias condiciones*". . .

Para imponer su tesis acerca del carácter imperativo de conversaciones diplomáticas USA-URSS, el distinguido escritor establece en axioma: "*El objeto de la diplomacia es anticipar y resolver las decisiones intolerables en las cuales el dilema es capitular o suicidarse*".

Ello significa que en el espíritu de Walter Lippmann, y de quienes acatan su mensaje, el enfrentamiento con el Este ha llegado a un estado tal de deterioro, que para el mundo libre no queda más que una alternativa: la guerra atómica o la negociación, es decir, ateniéndonos siempre a su apreciación, hacerse dar la muerte por los comunistas o dársela personalmente. No se ve muy bien la diferencia, ya que resulta imposible, y por ende poco satisfactorio para el intelecto, establecer de qué modo, en semejante disyuntiva, negociar puede llevar a otra salida que la capitulación, vale decir, al suicidio a término, un término que, claro está, el enemigo será el único en fijar; y no negociar a otro resultado que a la guerra atómica, vale decir, al suicidio a plazo fijo.

La operación es ejemplar: se empieza imponiendo la capitulación a los propios aliados, esto es, obligándolos a suicidarse después de haberlos lanzado en una aventura para la que se les había prometido un apoyo total. Los ejemplos más actualizados de esta metodología nueva del abandono diplomático son el de Laos y el de Cuba (de éste nos ocuparemos más adelante). En Laos, un golpe de Estado "occidentalista", a todas luces inspirado por el gobierno de Wáshington, pero no sostenido incondicionalmente por él desde el comienzo, dejó a los partidarios del Pathet Lao tiempo suficiente para recuperarse y recibir la ayuda *incondicional* de los rusos y de los chinos. Después de lo cual, a los laosianos que habían creído en el Gotama no les quedaba más que dejarse "neutralizar", forma con que Estados Unidos disfraza ahora sus capitulaciones en carne ajena. En efecto, con visible satisfacción Walter Lippmann: "*En Laos, como lo reconoce el comunicado Jrushchov-Kennedy, la neutralización es el mejor arreglo posible de los*

intereses en conflicto. En la neutralización renunciamos a la ambición, totalmente errónea en un principio, de un gobierno satélite de EE. UU. La otra parte abandona la esperanza de ver caer a Laos en la órbita comunista". No se crea, empero, que el articulista es tan ingenuo como parece. Sabe muy bien él mismo que dicha neutralización obligará a Laos a "caer en la órbita comunista". Pero la eventualidad no lo preocupa, puesto que para él lo esencial, lo imperativo, era "negociar". Llegado a tales alturas, el pensamiento del progresista se mueve con una rectilineidad pasmosa y admirable a la vez, ya que, como decía Juan Jacobo Rousseau, precursor de todo progresismo posible: "*Commençons donc par écarter tous les faits, car ils ne touchent point à la question*". Tan es así, que nuestro comentarista, que conoce perfectamente *tous les faits*, escribe con toda naturalidad:

"*El hecho de saber si en realidad se puede crear un Laos neutral es, desde luego, muy incierto. Por ejemplo, no sabemos si en sus relaciones con Peiping, cuyos intereses en el sudeste de Asia son de un valor predominante, el señor Jrushchov podrá hacer en Ginebra lo que prometió durante la entrevista de Viena. Podemos esperar que lo intentará. Aunque no hay grandes intereses de la Unión Soviética en Laos o en el sudeste de Asia, para Jrushchov, como para Kennedy, se trata de una cuestión de prestigio. Nadie perderá prestigio si Laos se convierte en un Estado neutral, con un gobierno aceptado por los tres príncipes laosianos y legitimado por un tratado internacional. No es imposible que un tratado para neutralizar Laos cobre mayores dimensiones y se convierta en un arreglo para neutralizar toda el Asia del Sudeste. Esta asociación regional podría ser garantizada por la India y el Pakistán, por la UN y todas las grandes potencias, la China continental inclusive*"... La lógica del razonamiento es irrebatible, señor Presidente, y no se descubre qué reparo podrá usted oponerle cuando Rusia y China pidan la neutralización de Estados Unidos con garantía de las "grandes potencias"... y de Cuba.

En efecto, a partir del "ininteresante" Laos el juego ha ido haciéndose más sutil: ahora se habla de neutralización, es decir, de capitulación, es decir, de absorción por el comunismo de toda el Asia del Sudoeste, esto es, Birmania, Thailandia, Cambodia, Vietnam, Federación Malaya. En tales condiciones, Formosa, Corea meridional y quizá el propio Japón pueden dar su destino por descontado. Para estos países como para aquéllos —y es lícito, señor Presidente, agregarles la India y el Pakistán—, la hora de Mao Tsë-tung se acerca inexorablemente a pasos agigantados, así como se acercó para Polonia y Rumania, Hungría y Bulgaria, Alemania oriental y Checoeslovaquia la hora de Stalin a consecuencia de Teherán y de Yalta.

No hemos llegado aún a lo más importante. Me atrevería a decir incluso que lo dicho hasta ahora reviste solamente una importancia marginal en el pensamiento de un hombre en quien —no me lo negará, señor Presidente— todos señalan el orientador, casi diría demiúrgico, de la nueva diplomacia americana. Lo importante, a mi modesto entender, es lo que en este pensamiento concierne la cuestión alemana, a usted presentada por el señor Jrushchov el 4 y 5 de junio ppdo. en Viena, en términos, según se dice, enérgicos.

Para el distinguido *old adviser* de Franklin Delano, que en su tiempo garantizó solemnemente la pureza patriótica de Alger Hiss y el "no-comunismo" de Mao Tsë-tung, después de haber sido uno de los creadores del "espíritu de Teherán y de Yalta" y el teórico del principio de "rendición incondicional", este mismo criterio diplomático de neutralización debe extenderse a Berlín occidental mediante negociaciones, por supuesto que "imperativas", entre Estados Unidos y Rusia, aun cuando "*el peligro con respecto a Berlín es que ambas partes se dejen empujar por sus extremistas —en Berlín oriental y en Bonn— hacia una situación donde el problema sería lo que sucede cuando una fuerza irresistible entra en colisión con un objeto inmóvil*", siendo el Occidente —apunto yo— dicho objeto inmóvil y Rusia esa fuerza irresistible...

Considerar como "extremistas" capaces de influir igualmente y del mismo modo en la orientación diplomática de Moscú y de Wáshington a los hombres de Berlín-Pankow y a los de Bonn, es dar por demasiado descontada la imbecilidad del lector, incluso del de "Clarín", periódico que no se jacta de pretensiones excesivas a la inteligencia. Lo que aquí cuenta para su maestro Lippmann, señor Presidente, es crear en la mente de dicho lector —primordialmente en el de la cadena de diarios americanos donde publica sus lucubraciones— una confusión que lo lleve como naturalmente a poner a Ulbricht y a Adenauer en la misma bolsa, *id est*, a considerarlos como los únicos obstáculos que se levanten contra el ardiente deseo de Jrushchov y de usted de salvar la paz, es decir, de llevar el mundo por el camino de la negociación diplomática a un estatuto jurídico, tácitamente presentado como duradero, de "coexistencia pacífica". Ello es preparar, justificándolas de antemano, todas las capitulaciones, ya que es obvio que mientras Ulbricht, "chupamedias" —páseme la expresión, señor Presidente— incondicional de Jrushchov, que en todo esto es el único "extremista", *accedería* a una neutralización de Berlín, paso previo para su captación total por el comunismo, Adenauer, responsable de la salvación y de la existencia misma de dos millones y medio de berlineses libres, no puede sino rechazar con indignación semejante "base de arreglo" presentada a usted por el ruso como única salida dejada al Occidente para no "suicidarse". Si este tipo de arreglo conseguido por la negociación diplomática no es una capitulación, vale decir, un suicidio a término, le pregunto, señor Presidente, cómo se lo define en el vocabulario político en uso en la universidad de Harvard. A la luz de esta suerte de definiciones lo único que se pueda sacar en claro es que a los ojos de Walter Lippmann y de sus discípulos de la "nueva frontera", a Adenauer es a quien hay que abatir.

En los así llamados "círculos generalmente bien informados" se asegura que para los portavoces de la ola del partido Demócrata que lo llevó a usted al poder la solución "neutralizante" del problema de Berlín no anda reñida en lo más mínimo con la pretensión soviética —actualizada el 22 de junio ppdo. por el señor Jrushchov disfrazado de general— de hacer de la antigua capital de Alemania una "ciudad libre", aun cuando sus accesos queden confiados a la "buena voluntad" de los alegres "extremistas" de Pankow, lo que, como en el caso laosiano, determinaría su pronta integración en Alemania Oriental y —todo consiste en empezar— la subsiguiente captación de la República Federal por el comunismo moscovita, pese a toda garantía internacional, doble operación que, me lo temo mucho, señor Presidente, no provocaría reacción militar alguna por parte de Estados Unidos.

Tal es el grado de descomposición alcanzado por el sistema de defensa occidental bajo el *leadership* diplomático americano. Y aquí forzoso es apuntar que su "dinamismo", señor Presidente, y el de los muchachos de la "nueva frontera" no es sino el disfraz, co- el "inmovilismo" de Eisenhover, de una idéntica realidad: la insensatez de seguir luchando contra el comunismo mientras las naciones que quieren conservar su libertad no procedan a una revisión revolucionaria de los criterios políticos que han causado su paralización, situándolas en orilla de su absorción por Moscú y Peiping.

Quiero decir con ello, señor Presidente, que se ha hecho indispensable proceder al examen del motivo esencial de esta situación. No deseo en absoluto ofenderlo a usted, aunque más no sea porque ambos somos católicos, apostólicos, romanos; pero permítame decirle lisa y llanamente que este motivo esencial radica en la carencia del *leadership* americano. Señalárselo sin vanos remilgos no significa, por lo demás, que en mi apreciación este *leadership* deba desaparecer. *Simplemente debe ejercerse*, porque si bien es cierto que sin dirección firmemente unitaria el Occidente está perdido, no lo es menos que la única potencia habilitada para asumir esta dirección sigue siendo Estados Unidos, pese a sus errores pasados y recientes de conducción.

Comprobar esta carencia y esta necesidad lleva a conclusiones precisas, que quizá no sean todas de su agrado, señor Presidente.

Si me he extendido tan largamente sobre las consideraciones "fronterizas" del señor Walter Lippmann, es porque son muy aleccionadoras. Nos muestran, en efecto, que hoy por hoy no podemos alimentar la más ligera ilusión: las naciones occidentales, en el supuesto caso —supuesto, pero cada vez menos inverosímil— de que tengan que afrontar una agresión soviética, cometerían un error fatal si dieran por descontada la ayuda *militar* americana. Como acaba de suceder en Laos, los quintacolumnistas al servicio de Moscú recibirían de inmediato toda la ayuda material necesaria de los rusos, gracias al estupendo método del "puente aéreo" inventado por Truman cuando el bloqueo de Berlín, en 1948. Mientras tanto, los anticomunistas, como sucedió en Hungría y en Cuba, tendrían que contentarse con los mensajes radiofónicos del señor presidente de Estados Unidos, las incitaciones ni chicha ni limonada del melifluo Alai Stevenson, los aplausos platónicos del señor Sulzberger, del *New York Times* y las disquisiciones neutralizantes del astuto señor Lippmann.

No sé cuáles fueron sus intenciones reales, señor Presidente, ni las de sus consejeros, con el caso Cuba, actualmente reducido a un siniestro regateo sobre tractores y vidas humanas, vidas que son las de 1.240 hombres que confiaron en el *leadership* americano. Lo que sí sé es que todo esto fué tan mal preparado, tan ignominiosamente ejecutado, que de haber confiado usted la organización del desembarco al más imbécil de los oficiales argentinos, pongamos el caso, al mayor de Intendencia (RE) Carlos Vicente Aloé, este "militar" la hubiera llevado a cabo en cuarenta y ocho horas, o le hubiera aconsejado dejarla para tiempos mejores. Ciertas operaciones, señor Presidente, se hacen o no se hacen. Pero cuando se hacen, se hacen con seriedad. Y no me negará usted, señor Presidente, que si lo hubiese querido realmente, hubiera terminado con Fidel Castro en menos de dos días.

Con todo, forzoso es tener en cuenta que —incluso ante una tentativa de subversión interna— ninguna nación occidental librada a sus solos recursos estaría en condiciones de superar la crisis por sí misma. Allí donde nos encontramos, la lucha contra los partidos comunistas locales, alentados y sostenidos por Moscú si éste tiene interés en crear una situación revolucionaria en un lugar determinado, no puede siquiera pensarse mientras se limite al plano nacio-

nal. En este caso, Francia o la Argentina se encuentran tan al descubierto como Laos. Para resultar pensable, esta lucha debe elaborarse y organizarse en niveles internacionales, considerando a la vez como axiomático que es aleatorio contar con la intervención americana, incluso en el caso de una agresión *teóricamente* difícil de localizar, como sería, por ejemplo, una tentativa de solución unilateral del problema de Berlín por parte de los "extremistas" de Pankow, o una invasión de la Argentina a partir de una Bolivia bolchevizada ya utilizada como cabeza de puente en el continente hispanoamericano. Este caso también empieza a proyectarse en el plano de las posibilidades concretas. Interpele al respecto a su amigo Adlai Stevenson si es que este progresista ilustrado ha sido capaz de entender algo durante sus pláticas con Paz Estenssoro.

Ello implica que desde cualquier ángulo que se considere el problema de nuestro enfrentamiento con el Este, la necesidad de la unión es ineluctable. En este sentido, los acontecimientos cubanos pueden surtir efectos positivos, a condición de que las naciones occidentales sepan sacar de ellos su justa enseñanza, vale decir, asuman la conciencia de que, sin ilusionarse ya sobre la naturaleza actual del *leadership* americano, solamente han de aceptarlo en el futuro asumiendo ellas mismas partes dinámicas en la elaboración de sus directivas. Por encima de toda contingencia actual y futura, es humillante que las naciones occidentales —"fiel infantería" hasta ahora de quien ejerce ese *leadership*— sigan siendo las protegidas pasivas de un aliado tan dispuesto a escaparse por la tangente cada vez que el paranoico señor Jrushchov se pone nervioso y viste el uniforme de general, y continúen aceptando ser no del todo independientes, esto es, dotadas de facultades menores que las naciones neutralistas o apenas llegadas a la soberanía, para incidir en el destino del mundo.

El peligro para el Occidente —Europa e Hispanoamérica— de transformarse en objeto de compromiso entre Wáshington y Moscú crecerá a medida que el prestigio americano decaiga, a menos que las naciones que lo componen se decidan a pensar sus problemas con plena autonomía de criterio, dotándose de un sistema global de defensa con todas las atribuciones políticas y *militares* del caso, sin tener en cuenta la repugnancia de los yanquis por todo aquello que huele a nacionalismo, cuando no se trata, por supuesto, del de los bantúes o de los angoleños.

Es evidente que aquello que acaba de suceder en Cuba, la petulancia sin freno de que el "general" Jrushchov acaba de hacer gala ante usted en Viena, señor Presidente, el vigor resurgente de los PC "nacionales" y de sus acompañantes mencheviques del liberalismo, la agudización de las tensiones subversivas en todos los sectores estratégicos del mundo, deben inducir a los occidentales a un reexamen inmediato de la realidad que ha ido creándose, más por la carencia de los yanquis que por el talento político de los rusos y de los chinos. Esta es la única vía que, a consecuencia del decepcionante *leadership* americano, nos queda abierta, señor Presidente, y ella sola nos permitirá organizarnos con vistas a conducir, en una alianza vuelta a elaborar en el plano de la absoluta igualdad de *todos* sus miembros, nuestra *acción* de resistencia, primero, de ofensiva luego, contra la guerra revolucionaria comunista.

Es indispensable que usted y sus colaboradores entiendan, señor Presidente, que, en la perspectiva estratégica desastrosa creada por la inepcia de sus predecesores y por su propia desorientación, se ha hecho insoportable que, mientras ustedes están dispuestos a entregar cantidades fabulosas de dólares, sin exigir de ellas la menor garantía política, a naciones neutralistas prontas para ayudar a Rusia y a China en su empresa de estrangulamiento del mundo blanco, se nieguen a proporcionar a quienes nunca se sustrajeron a sus compromisos para con ustedes *todos* los medios militares que les permitan defenderse, sin excluir de estos métodos los armamentos *atómicos* que sean necesarios.

Con ello reconozco muy gustosamente, señor Presidente, no sólo que ninguna acción efectiva podrá elaborarse sin Estados Unidos, sino que Estados Unidos debe seguir siendo el eje de toda acción futura del Occidente contra el comunismo. Mas al mismo tiempo afirmo que en adelante este eje deberá funcionar en condiciones que hay que precisar ya en el plano de la absoluta igualdad de todos los coligados. Es inconcebible que una alianza resulte eficaz mientras no se sustente en este principio de igualdad, que por lo demás no excluye el *leadership* del más poderoso. Una alianza compuesta por naciones condenadas a obedecer ciegamente a un *leader* que se reserva la exclusividad de las decisiones y de los adelantos técnicos se derrumba al primer choque con el enemigo. Es conveniente que usted y los suyos, señor Presidente, lo entiendan claramente antes de que sea demasiado tarde para nosotros . . . y para ustedes.

A veces, señor Presidente, a los amigos hay que hablarles con precisión y aun con cierta rudeza. Quizá ello no les guste mayormente a los señores Adlai Stevenson, Walter Lippmann y Paul Nitze (él sabrá por qué lo pongo aquí), que prefieren las medias tintas. Pero a esta mezcla de Kérenskiy, Patricio Lumumba y Mendès-France no la cuento en el número de mis amistades americanas, y quiero creer que le hubiera sucedido lo mismo al corneta de quien le hablaba al empezar, pese a la emoción que lo embargaba, antes de alistarse, cuando veía a Franklin pasearse por París con su gorro de nutria. Ahora los "buenos salvajes", según parece, visten en la Quinta Avenida y llevan sombrero Stetson, pero, como dos siglos ha, su paso por nuestras calles precede de poco la aparición del verdugo.

Me despido de usted, señor Presidente, dando por terminada esta larga epístola, que espero no lo habrá ofendido. Y confiado en que podré transmitir sin reservas a mis hijos la amistad por ustedes que recibí de mis mayores, le ruego considerarme como su afectísimo amigo y seguro servidor y ponerme a los pies de su señora esposa.

JOSÉ CONSTANTINO.

P. D. — De todos modos, me permitiré, no un consejo, sino algunas sugerencias. Usted, durante su campaña electoral, manifestó la voluntad de devolver toda su eficacia al *leadership* americano, voluntad cuyos efectos tardan mucho en manifestarse. Ahora justamente se le brindan dos magníficas posibilidades para volver incuestionable dicho *leadership*: el asunto Cuba y el problema de Berlín. No las deje escapar señor Presidente.

1.— Si usted cree, como Adlai Stevenson se lo aconseja, que el asunto cubano sólo puede resolverse en el marco de una acción interamericana llevada a cabo con el visto bueno de la OEA, está listo, y nosotros con usted. Los países latinoamericanos, y la OEA singularmente, se desenvuelven bajo signo menchevique. Y con los mencheviques, usted no llegará a nada más que a descalabros mayores. Los mencheviques son individuos que pronuncian, con voz entrecortada por la emoción, hermosos —y vacíos— discursos sobre democracia y libertad, pero, cuando llega la hora de la pelea, se espantan hasta ensuciarse los calzones, situación incómoda para atacar e, incluso, defenderse.

2.— Si usted cree, como Harold Macmillan y Walter Lippmann se lo aconsejan, que hay que negociar con los rusos para encontrar una solución "aceptable" para todos al problema de Berlín, está igualmente listo, y nosotros también. La única solución "aceptable" en este asunto es la que satisfaga a los berlineses libres. No cuente ni con Macmillan ni con de Gaulle que lo abandonarían a usted en el momento oportuno, el primero para que la posición americana se deteriore aún más, el segundo para restaurar la *grandeur française* aliándose con Jruschov. Aquél no acepta el milagro económico alemán, éste sabe que Rusia se aliará con él sólo si le entrega a Alemania. Esta es la forma que ellos han elegido para suicidarse.

Intervenga, pues, en Cuba, señor Presidente, sin consultar a ningún aliado, ni siquiera a los cubanos libres. Este es un asunto entre usted y Fidel Castro, esto es, entre Estados Unidos y la república popular cubana. En cuanto a Berlín, usted tiene allá a cinco mil hombres bajo el mando del general White. Envíele veinte o treinta mil soldados más, con todos los implementos del caso y acumule tropas a lo largo de la frontera de Alemania oriental con cuatro o cinco buenas divisiones blindadas y artillería atómica. Este es un asunto entre usted y Jrushchov, esto es, entre Estados Unidos y la Unión soviética.

Ello será suficiente para que Fidel Castro se vaya a Praga y Jrushchov entienda la antífona y retroceda.

Después de lo cual, todos lo aprobarán, incluso Neherú y Soekarno y todos los mencheviques que han ido copando el mundo libre. Entonces es cuando podremos respirar tranquilos gracias al *leadership* americano.

PREBISCH, PROFETA DE LA REVOLUCION

A mediados de junio de este año, el destacado economista argentino Raúl Prebisch publicó en la revista norteamericana *Foreign Affairs* un artículo sobre "La respuesta de la América Latina a una nueva política de cooperación interamericana". Las agencias informativas lo "reprodujeron o extractaron con "fallas de traducción" y otros defectos de tanto bulto, al parecer, que Prebisch se sintió precisado a difundir el original en castellano mediante un boletín "no oficial" de la CEPAL, a fin de evitar desentendimientos. Recalca el organismo editor, como temeroso de prohijar las ideas de Prebisch, que el artículo fué escrito por éste "a título absolutamente personal".

Se justifica esa prudente advertencia, pues en verdad el artículo de Prebisch, insignificante si firmado por un militante de la izquierda, adquiere inusitada importancia —y bien puede calificarse de sensacional— publicado con la firma de una personalidad continental de esa talla, que no obstante su notoria adhesión a los principios de Keynes, es insospechable de alimentar designios contrarios al sistema de libertad y propiedad privada en que se basa el orden capitalista.

El artículo de Prebisch fué poco menos que ignorado por la prensa local. Ignorado por esa frivolidad del periodista que no ve o no quiere ver la historia sino bajo las tres dimensiones del ayer, el hoy y el mañana: todas las perspectivas distantes lo encuentran ciego. Sin embargo, es un artículo que no sólo evidencia una posición revolucionaria, sino que integra una cadena de manifestaciones inequívocas, cuyo peso no proviene de la forma y fórmulas en que se presentan, sino de las personalidades políticas y económicas que las hicieron. No son Castro ni sus incendiarios prosélitos, en efecto, quienes hablan de expropiación y reforma agraria. Son, más o menos veladamente, y con terminología más técnica o diplomática, Kennedy, Stevenson, Prebisch y otra gente importante que está en la vereda de enfrente de Castro y del marxismo.

Cuando los terratenientes argentinos se inclinan por Inglaterra y recelan de los EE. UU., no lo hacen por meras razones de distinción y buen gusto. Inglaterra ve con buenos ojos las dilatadas estancias, de donde el ganado, por criarse poco menos que solo, pasa barato a la bodega. Así obtiene carne a bajo precio, mientras por otra parte el estanciero, que reside en el Barrio Norte de la Capital, cultiva "the english way of life", o al menos algunas de sus líneas exteriores. Carne barata y *élite* adicta se ganan así de un solo golpe.

En cambio, Norte América no tiene más que *farmers*: individuos que viven y trabajan cada uno en su *farm*, explotándolo intensivamente, con lo que la carne barata y "the english way of life" en los palacetes capitalinos son posibilidades que se esfuman por completo. No deben esperar, pues, nuestros estancieros una actitud norteamericana contraria a la famosa reforma agraria, que Prebisch llama, con prudente eufemismo, "reforma del régimen de tenencia de la tierra". El gobierno norteamericano apoyará, pues, una "transformación estructural" que liquide el "latifundio", así se venga abajo toda la aristocracia argentina al perder su base económica de sustentación.

En esto coinciden el colectivismo marxista y el capitalismo norteamericano. Sólo se distinguen en el

beneficiario del reparto: el marxismo confisca la tierra en favor del Estado, que la presta a una especie de peón rural bajo un régimen también eufemístico, de cooperativa, mientras el liberalismo progresista e intervencionista norteamericano la expropia directamente y la obliga a fraccionarse agobiándola de impuestos, para que termine en manos de muchos pequeños propietarios.

Desde luego, no basta la reforma agraria. Se quiere también la reforma industrial, que haga posible la absorción tanto de la mano de obra rural sobrante como de las carnes y granos encarecidos de los miles de *farms* en que se ha fragmentado la orgullosa estancia de la pampa húmeda. Lo curioso de la reforma industrial es que debe efectuarse bajo un signo contrario al que presidió la reforma agraria: es decir, la propiedad debe concentrarse y no diseminarse, lo que está, desgraciadamente, conforme a la naturaleza de la ciudad, que en el mínimo espacio tiene que desarrollar el máximo de actividad.

Que todo esto posee sus visos de razonabilidad, mejor dicho, de racionalidad, es innegable. Pero que destruye, no sólo con sus males, sino también con sus bienes, "the creole way of life", no es menos innegable. La clase latifundista norteamericana del sur hizo una guerra en Estados Unidos hace un siglo para defender la personalidad tradicional del país contra el odioso yanqui plebeyo. Lo del esclavismo y el antiesclavismo fué mero pretexto. Qué actitud adoptará aquí la nuestra, resulta imprevisible.

Esa "creole way of life" lleva al nuevo rico industrial a buscar el sello aristocrático no sólo mudándose al Barrio Norte y atrayendo con su dinero a los aristócratas empobrecidos y a sus hijos, sino también haciéndose estanciero. De manera que, por un ideal o forma de vida, la vieja clase terrateniente no se verá obligada a luchar sola. Y de eso se trata: de luchar. Cabe preguntarse si como la alocada nobleza de Francia se dejará aplastar en las calles de la capital o como los arrogantes plantadores sureños en una guerra de secesión, o bien si como los sutiles y rapaces barones ingleses conquistará las palancas urbanas de la industria y las finanzas, ganándoles de mano a los burgueses advenedizos y pactando con ellos la repartición del poder sobre la base de un trueque y mezcla bien dosificados de riqueza móvil y aristocracia, que es la clave del éxito inglés.

La perspectiva es sombría porque nuestra aristocracia, con toda su incapacidad de servicio, sus devaneos ideológicos, su visión superficial de las cosas, su histerismo y su tilinguería, es sin duda algo mucho más argentino que ese culto cosmopolita, exótico, de la pequeñez, que hasta ahora no han podido inculcar al país el socialismo, la democracia progresista y la democracia cristiana. Pero sombría no quiere decir que valga la pena jugarse por una clase sin imaginación ni dinamismo. Dice Prebisch que "la historia no abunda en ejemplos de transformaciones realizadas por los mismos que tienen que experimentarlas", y agrega: "Como quiera que fuera, si quienes podrían hacerla ahora dejan pasar esta oportunidad, la harán otros hombres llegados al poder por el impulso incontenible de las aspiraciones populares". Todo hace creer que Prebisch tiene razón. En lugar, pues, de combatir sus ideas, hacer variaciones sobre el tema cargoso de la Libertad y prevenirnos contra la norteamericanización o la mejicanización del país, las futuras víctimas de la *transformación estructural*, que tanto admiran a los barones ingleses, deben dejar de admirarlos y tratar de imitarlos, o serán barridas por la historia.

Detrás de las palabras de Prebisch está la figura de Castro. La gran propiedad inmobiliaria es muy fácil de destruir, mucho más fácil que la gran propiedad industrial o financiera, cuyos dueños tienen la habilidad de permanecer ocultos o de diluirse detrás de mil pequeños accionistas, que cobran sus dividendos pero no manejan ni deciden nada. Aquí no se necesita confiscar ni expropiar a precio de avaluación fiscal, pagado con títulos de bajo interés. Para ello basta, como dice Prebisch, la "presión tributaria". Y no se puede decir hasta cuándo la jurisprudencia de la Suprema Corte y el recurso más supremo aún a la rebelión armada seguirán disponibles para detener esa presión que en cualquier momento puede desencadenarse con fuerza, porque, como dice Prebisch, "se ha perdido un tiempo considerable".

Los que duermen tranquilamente, pues, a la sombra de las FF. AA., de Wáshington y de un presidente multiplicador de sedes episcopales y campeón de la enseñanza libre, pueden tener cualquier mañana un amargo despertar. Una revolución compleja, en que viene todo revuelto, lo bueno y lo malo, se aproxima a paso veloz de Oriente y de Occidente. Llegue antes Castro o Kennedy, el *cambio estructural* está a la puerta, como un desafío histórico interior y quizá también como una exigencia política exterior.

BRUNO C. JACOVELLA.

PARA UNA SOCIOLOGIA DE LA NACION

Estas notas desnudas, esquemáticas, deshilvanadas, sobre cuyos temas —apenas insinuados aquí— podría un diestro ensayista escribir páginas esclarecedoras, tuvieron íntimo origen personal. Fué a raíz de un viaje turístico que realicé por la vieja, secular, Europa hace escasamente dos años (1959).

De vuelta a la patria, y luego de concluir —sin pausa y ahorro de "divisas fuertes"— la clásica jira relámpago por Italia, Francia, Inglaterra y España (¡maravilloso espectáculo!), propúseme concretar en el papel, con lacónica modestia, ajena a toda idea de ulterior publicidad, todo el bagaje de *experiencias existenciales* —indigeridas aún— que constituían el único saldo "no anecdótico" de aquel contacto mío con la milenaria cultura madre de occidente. Comprendí entonces, recién entonces, lo que es esa cosa vital, antigua, que todos los tratadistas de filosofía política llaman, en lenguaje abstracto y libresco, una verdadera NACIÓN..., pero *en acto*.

He aquí al natural y sin retoques el contenido privado —inédito— de aquellas olvidadas cuartillas mías (más bien borradores), cuya publicación hace ahora PRESENCIA tan generosamente.

Ignoro con franqueza si para el lector de hoy tales tópicos —carentes de toda literatura y desarrollo— pueden despertar algún interés periodístico útil.

I

La nacionalidad implica el AMOR A LA TIERRA, que es lo primero (sin perjuicio del amor al prójimo, en el plano sobrenatural: el cual se complementa con el propiamente terrícola). La nacionalidad, empero, no procede por abstracciones románticas ni sensiblerías deshumanizadas. Es algo bien *concreto*, como un organismo que crece al margen de la dialéctica intelectual y de las ideologías elaboradas por la mente humana, o del efímero interés privado por la subsistencia. Tampoco proviene aquella fuerza unificante de la pura sensibilidad subjetiva. Manifiéstase el sentimiento nacional —al principio— por el *arraigo físico* del hombre y su familia a un lugar determinado. De hecho se expresa en la acción de quedarse alguien (libremente, *junto con otros*) en un sitio dado; no por mero placer o por razón de negocios, sino por ganas vitales de quedarse allí para siempre (en dos palabras... por AMOR AL LUGAR). No puede haber, pues, en el plano sociológico ningún nacionalismo que sea —por esencia— nómade; ninguna toma de conciencia patriótica, independiente del arraigo terrícola; ninguna floración genuina, sin tentáculos bajo el suelo[1]; ningún espíritu comunitario verdadero, en discordancia solapada con lo nativo; ninguna cultura en germinación ascendente sin tendencia a un fuerte *lugareñismo vital* (con fronteras y todo).

Por eso el amor a la tierra engendra —como consecuencia necesaria— el sentimiento comunitario de la nacionalidad entre los arraigados a la misma. La nacionalidad unifica a pueblos y razas dispares a través de un *tiempo común* que se llama Historia. De la historia común —y sólo de ella— brota una cultura nacional digna de tal nombre. La cual cultura será —según las circunstancias— capaz de expandirse o no hacia afuera, más allá de sus propias fronteras físicas (en poderoso movimiento de acelerada trayectoria hacia la *universalidad*). Pero sin renunciar por eso al terruño localista, a lo primordial telúrico, a ningún estímulo —en suma— profundamente nacional.

La nacionalidad implica el AMOR A LA TIERRA, que es lo primero (sin perjuicio del amor al prójimo en el plano sobrenatural: el cual se complementa con el propiamente terrícola).

II

La política —por sí misma— NUNCA CREA una nacionalidad, si ella no existe previamente en germen.

Lo nacional supone un orden estático del hombre sedentario con el lugar. Lo político es una tensión dinámica (emancipadora del hombre), y aspira siempre —en consecuencia— al poder personal. Cuando aflojan los sentimientos e intereses territoriales de una comunidad, entonces su política tiende a volverse de más en más individualista, maquiavélica, deshumanizadora, totalitaria ("ideológica", incluso).

Es un error —por tanto— creer que la mera "popularidad" de un determinado régimen político tenga alguna relación de causa a efecto con la eficaz defensa de la nacionalidad en cuanto tal (o sea: de la soberanía). Porque una cosa es el gregario democratismo de masas (instrumentado con "slogans" propagandísticos y mano dura *desde el Estado*), y otra —muy diferente— la política ordenada en *espontáneas jerarquías* y respetuosa del *vínculo lugareño*, el cual vínculo —en tanto natural y vívido— dejará, por ende, de ser totalitario o estatolátrico, desde luego.

La política —por sí misma—

NUNCA CREA una nacionalidad, si ella no existe previamente en germen.

III

Lo nacional se manifiesta por el INSTINTO DE CONSERVACIÓN comunitario frente a cualquier peligro: exterior o interior.

El signo cabal de la madurez de un pueblo demuéstrase verificando su alergia respecto de cambios radicales —ideas, jerarquías vernáculas o novedades legislativas—, que producen tanto las guerras (aun las victoriosas) cuanto las revoluciones contemporáneas.

El hombre civilizado, en sociedad, se vuelve a la larga un poco rutinario; alguien lo definió acertadamente como "animal de costumbres". Detesta la improvisación en todas sus formas (sólo los niños se asombran, entusiasmados ante lo insólito). Necesita de unos hábitos y usos corrientes —más o menos convencionales, uniformes— que con el tiempo van adquiriendo vida propia dentro de su individualidad, a manera de una *segunda naturaleza* (tan indispensables como lo son para nosotros la silla, la mesa y el vestido). De tales hábitos se amasan las TRADICIONES NACIONALES (antiguas creencias religiosas, genuinas costumbres hereditarias), sin las cuales no podrían subsistir los diferentes pueblos que constituyen el ensamblamiento de la historia del mundo. La brusca ruptura de aquellas TRADICIONES NACIONALES provoca en el conjunto social una especie de angustia, de zozobra, que obliga a la movilización de todos en su defensa. Y bien; cuanto más *espontánea* sea esta reacción frente a la insinuante circunstancia amenazadora, tanta mayor salud revelará la entidad vital de referencia. Tanta mayor *personalidad* demostrará, además, el pueblo: subconscientemente vacunado contra todas las epidemias seculares —religiosas, culturales, políticas o económicas— que (de prender en el organismo) debilitarían su constitución nativa.

Una nación sana, unida, homogénea, segura de sí misma, es siempre una nación TRADICIONALISTA, la cual (eso se descarta) abominará de los "cambios radicales de estructura"...

Lo nacional se manifiesta por el INSTINTO DE CONSERVACIÓN comunitario frente a cualquier peligro: exterior o interior.

IV

Las naciones NO SE FORMAN POR INTERESES, cual si fueran sociedades anónimas. Hay en su creación algo más que un bilateral acuerdo jurídico de voluntades plutocráticas. Ella, diremos nosotros, nace de un *impulso trascendente*, cuya esencia es muy distinta a la del egolátrico Contrato Social del ginebrino Rousseau o a la ramplona filosofía de Bentham.

La nación no debe transformarse, así, en mero receptáculo de las conveniencias individuales de nadie (como si se tratara de un negocio o franquicia ventajosa al bolsillo de los ricos). Tampoco ha de ser —pese a la prédica de destacados masones y metecos— un cómodo hotel para contrabandistas o el asilo obligatorio —sin contraprestación exigible— de todos los resentidos de la tierra... "que quieran habitar nuestro suelo". No. La nacionalidad sólo tendrá vida auténtica, histórica, si respondo a NORMAS ÉTICAS capaces de conglomerar —bajo venerable bandera— la turbamulta humana con residencia permanente en su territorio. Siempre y cuando dicha turbamulta adopte —de hecho— *el modo de ser vernáculo*. Lo contrario implicaría ni más ni menos el suicidio nacional del pueblo de que se trata.

Un "affectio societatis" al cual se le quitara la osatura ETICA —expresada en la *conducta moral* del grupo fundador— sería, de existir en serio, una verdadera asociación de bandoleros sin nacionalidad posible. Al margen de toda convivencia civilizada. La aberrante "Babel" bíblica —con dinero y técnica—, donde nada hay superior a la bestia humana enloquecida de soberbia (capitaneada, acaso, por poderosos proxenetas, esclavizadores del prójimo; plena de afiebrados utopistas, idólatras del materialismo ateo; horras sus masas de nobles tradiciones y de arraigo físico y psicológico; perdido, en consecuencia, hasta el uso habitual del idioma común).

Las naciones NO SE FORMAN POR INTERESES, cual si fueran sociedades anónimas.

V

Son los excepcionales quienes ESPIRITUALIZAN la nacionalidad por dentro: Héroes y Santos.

Pues bien, la específica diferencia que distingue a una Nación de una Factoría —penetrándoles el alma a ambas— está toda entera en eso, precisamente. En la existencia —a cuenta de la primera entidad— de Héroes y de Santos lugareños *excepcionales* (superiores al término medio común). Los Héroes y los Santos (verdaderas encarnaciones de la nación "en forma"): con sus legendarias vidas de epopeya; sus frondosos anecdotarios —a veces rayando el milagro—, pero siempre cargados de emotiva evocación poética inteligible a todos—; sus glorias al alcance del hombre humilde *unen al pueblo* en lugar de atomizarlo con inmorales competencias mercantiles, con sorpresivas crisis económicas que originan huelgas, sabotajes y luchas sociales estériles de grueso calibre, etc., etc. Graves síntomas los enumerados, que constituyen el diagnóstico cierto bajo suyo signo reconocemos, desde afuera, el patológico histerismo "standard" de una Factoría contemporánea... sin Héroes ni Santos, desde luego (vale decir: sin alma).

Si no existieran, pues, en la historia de una comunidad que aspira al nacionalato, verdaderos próceres de carne y hueso (heraldos de la Fe, el DESINTERÉS, la FORTALEZA o el EMPUJE GUERRERO), personajes puros —"cuasi mitológicos"—, dignos de ser adorados por su pueblo y cantados por sus poetas, habría que inventarlos, entonces, ciertamente, para lograr aquel propósito entitativo de SER una Nación y no una Factoría. Habría que inventarlos, sí, pero dejando a salvo la verdad histórica sobre su conducta, sin falsificaciones de mala fe en cuanto a lo esencial del asunto.

Son los excepcionales quienes ESPIRITUALIZAN la nacionalidad por dentro: Héroes y Santos.

FEDERICO IBARGUREN.

(Continuará)

[1] Los pueblos árabe y judío que carecen de toda ligazón nacional orgánica sólo los une una misma *Fe heredada* (o sea: una doctrina religiosa de salvación escatológica). No son así, una NACION en el sentido clásico de la palabra.

ACLARACION

En una carta dirigida al Director de PRESENCIA se me acusa de "colonialista", por mi artículo "Lumumba y Angola", aparecido en el nº 80, del 26 de mayo de 1961, en esta revista.

No soy colonialista. Creo que el respeto a las soberanías de las naciones menores o menos adelantadas —quedando a salvo los derechos de Dios, de su Iglesia y el derecho natural— es el mejor camino para una convivencia internacional. No le tengo ninguna simpatía a las doctrinas de una supuesta "superioridad de raza", u otros delirios similares, que estuvieron en boga entre las dos guerras. Repudio al colonialismo comunista en Europa Central, en Cuba y en las otras partes del Universo, como repudié, en su tiempo, la agresión de Israel, Gran Bretaña y Francia al canal de Suez aunque esté en desacuerdo con la política de Nasser. Consecuentemente con esas afirmaciones en el artículo en cuestión, defendí un país *no colonialista*, como Portugal, y ataqué a un organismo *colonialista*, —por lo menos momentáneamente— como las Naciones Unidas.

Muy extraño le debe parecer al mundo actual esta última frase tan acostumbrado está de oir slogans, que dicen cosas bien distintas, sobre este tema por los órganos de difusión de ideas, sean del grupo bolchevique, neutralista u occidental. Por eso pasaré a explicarla.

Portugal, como otrora España, y a diferencia de las Grandes Potencias liberales del siglo pasdo, organizó su imperio integrando sus territorios de ultramar con la Madre Patria. De ahí resulta que hoy sea una nación de cuyo territorio una parte queda en Europa, otra en Africa y una tercera en Asia, y que haya portugueses blancos, mulatos, negros, y hombres de otros colores quedando naturalmente la sede del gobierno en la parte más civilizada y antigua del país, que es la europea. Así, en una convivencia fraternal, diversas razas se van uniendo en una nación cristiana. Los paganos, debido a la acción de los misioneros —que predican bajo la protección de la "pax lusitana" —se van convirtiendo al catolicismo. Se forma el Estado Corporativo, cuy fin es el bien común de los administrados. ¿Dónde está aquí el colonialismo?

Ultimamente se ha desatado una campaña de acusaciones contra Portugal, y la UN, como ya lo comenté en el artículo de referencia atropelló su soberanía, al solicitar informes sobre la manera de cómo administraba una parte de su territorio. Naturalmente el Gobierno de Lisboa, se opuso a esta intervención. Porque Antonio de Oliveira Salazar, el que lo encabeza, sabe que tiene no sólo el derecho, sino el deber de impedir que los habitantes de Angola, parte del pueblo, por Dios a él confiado, caiga bajo la férula de un Lumumba. Y también sabe que, si empieza a andar por el camino de las concesiones, en esto ha de acabar.

Ahora pasemos a estudiar la conducta de las Naciones Unidas, en el caso de su acción militar en el ex-Congo Belga. Allí a pesar de altisonantes declaraciones de que sólo se iba a restablecer el orden público se intervino descaradamente en los asuntos internos de dos nuevos países. Katanga también tuvo que sufrir la presencia de tropas extranjeras, contra su voluntad. Y no se diga que este estado forma parte integrante del Congo, pues antes de la resolución del Consejo de Seguridad, disponiendo el envío de tropas a la convulsionada comarca africana, el parlamento de Katanga, libremente elegido, proclamó, por unanimidad, la independencia de su Patria. Es extraño oir personas que se desgañitan gritando a favor de la independencia de regiones dependientes de naciones muy civilizadas, donde viven grupos étnicos que se odian entre sí, y que en muchos casos son incapaces de gobernarse, y negar ese mismo derecho a Katanga, que formaba parte de un estado en plena disolución. Tampoco en las tierras sujetas al gobierno de Leopoldville, la acción del organismo internacional fue

PRESENCIA

Aparece el 2º y 4º viernes de cada mes

Independencia 1194 T. E. 26 - 3265

Dirige JULIO MEINVIELLE

Se imprime en casa de don Domingo E. Taladriz, San Juan 3875, Bs. Aires.

Precio del ejemplar .... $ 10.—
Suscripción a 10 números .... $ 100.—

conforme a derecho. Sus tropas dieron protección armada a un delincuente —Lumumba— cuya detención había sido ordenada por juez competente. El representante del señor Hammarskjöld insultó al Jefe de ejército congolés Gral. Joseph Mobutu. Las autoridades de la UN continuamente ejercen presión sobre el gobierno del Congo para que tome ciertas medidas. Los Presidentes del Congo y de Katanga, y el Gral. Mobutu han condenado enérgicamente esta conducta, típicamente colonialista.

No creo que el fin que se proponen las Naciones Unidas sea ocupar colonias en forma permanente. Pero existe el temor de que en la mente de los burócratas que la dirigen exista el anhelo de establecer una República Universal atea, con reglamentos a veces en abierta contradicción con la Doctrina Católica, con la cual ya es claramente antagónica la Declaración de Derechos Humanos, aprobada en 1948. Dios nos libre de ello.

ANDRÉS DE ASBOTH

SIGNIFICACION DEL LIBRO DE CHOCHLOW

En la dramática situación contemporánea se habla mucho de Oriente y Occidente; las oscuras logias interesadas en el dominio de la historia universal —según fines contrapuestos a los que la Revelación Cristiana entiende que son los supremos y definitivos— se empeñan en practicar al nivel de esa historia universal contemporánea el esquema propio de la "táctica de Corea". Todo debe ser escindido: el orbe, las naciones, las instituciones, etc. En realidad, Occidente murió en Yalta. La línea divisoria de Occidente y Oriente no es geográfica: al este del Elba, o al oeste del Elba. Tampoco es política: Oriente, Moscú; Occidente, Washington. Tampoco es ideológica: Oriente, comunismo y esclavitud; Occidente, democracia y libertad. Estos esquemas reproducen la "táctica de Corea", lamentablemente seguida por muchos cristianos que hacen de la Fe, un instrumento del llamado "Occidente libre". Esos esquemas por lo demás preparan la nueva etapa a la que pretende encaminarse el itinerario de la historia revolucionaria moderna: *la liquidación de la Iglesia Universal.*

Testimonio de esta situación es el extraordinario y dramático libro del ruso Nicolás Chochlow, traducido al alemán con el título *Recht auf Gewissen* (Derecho sobre la conciencia), Deutsche Verlags-Anstalt. Stuttgart 1959, 454 págs. Hay muchos libros de bolcheviques desengañados, que han publicado sus memorias o explicado sus experiencias. Ninguno de los que conozco resulta tan profundo, tan teológica y metafísicamente profundo, como éste. Ninguno alcanza tampoco a hundir la mirada con tanta penetración en la estructura artificial de la historia contemporánea, y ninguno es al mismo tiempo la revelación *patriótica* del mundo ruso y la revelación *dolorosa* de la corrupción occidental. Por aquí comprendemos que el esquema Occidente-Oriente es falso, y está manejado en realidad desde ambas localizaciones geográficas por los enemigos de la Historia Universal Cristiana. Un solo documento occidental consigue superar esta dramática contraposición a dos frentes inicuos (como fariseos y saduceos, unidos en el objetivo común): el discurso del cardenal Ottaviani (del 7.I.1960 en la Iglesia *Santa María Maggiore*), en ocasión de la recordación de los mártires húngaros. Discurso difundido, es verdad, pero cuyas consecuencias *prácticas* no vemos, al menos en nuestro medio, donde se alienta, con extraños entusiasmos, la *instrumentalización* de la Iglesia por el bolchevismo.

Nicolás Chochlow perteneció al Servicio de Inteligencia Soviético, y como tal tuvo acceso a determinadas *directivas* y *realizaciones* de ese organismo bolchevique. Por ejemplo: nos revela Chochlow *que no existe, en Occidente ningún organismo de identificación que no tenga una eficaz infiltración soviética.* Y además puntualiza que la técnica infiltratoria ha alcanzado un ajuste admirable. Las revelaciones de Chochlow tienen una confirmación notable en la sospechosa reválida de títulos que realizan algunas Universidades argentinas, particularmente la de Bs. As., precisamente protegida por la "táctica de Corea" (Universidad oficial y Universidad privada).

Estuvo Chochlow asignado, al comienzo de su carrera en 1941, al frente alemán, y posteriormente concluida la guerra cumplió peligrosas misiones de espionaje en Occidente. Pero desde los años de la guerra se venía insinuando en el alma del entonces jóven soldado una misteriosa transformación interior. Su consecuencia habría de ser el enfrentamiento de Chochlow y la poderosa contextura del bolchevismo, la huída de Chochlow a occidente, y el desencanto de Chochlow ante la *falacia* de este mundo nuestro, presuntamente enemigo del comunismo.

El libro revela pues toda esta experiencia. Cronológicamente abarca unos quince años; además mediante el recurso del recuerdo autobiográfico retrocede hasta la niñez del autor. Chochlow ha nacido y crecido en plena consolidación del régimen y sólo ha conocido la ideología marxista-leninista stalinista. De otra cosa no tiene noticia, dentro de Rusia. Pero su alma extraordinariamente intuitiva —pues Chochlow es un artista— ha tomado, oscuramente, el camino hacia Dios. El libro relata ese itinerario en tres etapas: *Im Namen der Sowjetunion* (En nombre de la Unión Soviética, pág. 13-76); *Im Namen des Volkes* (En nombre del pueblo, pág. 77-304); *Im Namen des Gewissens* (En nombre de la conciencia, pág. 305-454). Esos nombres indican el proceso de *interiorización*, cumplido en medio de terribles condiciones de angustia, soledad y abandono. En esas tres etapas, se hace cada vez más nítida la luz que inunda el alma de Chochlow, pero al mismo tiempo se hace cada vez más desolada su situación *en un mundo que ignora y aplasta la conciencia.* Un mundo que dice dividirse en libertad y esclavitud, pero en cuyo contexto Chochlow, con una especie de intuición teológica, inhallable en otros libros semejantes, percibe el abismo de una *mentira* colosal. Se trata en realidad del enfrentamiento entre la adquisición de una conciencia virginal, que ha comenzado a funcionar con los caracteres *connaturales* al espíritu, y la mole inmensa de mentiras, vicios y traiciones, que como pesada hez cubre el mundo. En Chochlow hay una conciencia auroral frente a un mundo envejecido y corrupto, conciencia cuya única salida es la santidad... Pero Chochlow no percibe todavía ese camino.

Espiritualmente —dice Ch. — en tanto que filosofía, el pueblo ruso ha vencido ya al comunismo. No ha de pasar mucho tiempo quizá sin que lo venza también como organización política. De qué manera ocurrirá esto, es difícil predecirlo... El frente transcurre en el corazón de los hombres, y nada puede detener quizá el derrumbe del inhumano sistema. Lo importante es que esta rebelión ha comenzado. Pues incluso bajo los golpes del implacable sistema, irrumpen aquellos poderes que los comunistas han declarado inexistentes: la conciencia, el honor, la humanidad, la validez de una ley moral, etc. En nuestra época —prosigue— en que el cinismo es una moda, podrán tales poderes ser tenidos por ilusorios e insignificantes en comparación con la fuerza del estado soviético. Sin embargo, ellos mueven al mundo, y en última instancia siempre se han manifestado superiores a las "fuerzas materiales" (*Einleitung*, pág. 9-11).

Y aquí es donde se muestra la significación de este libro. Mientras en *occidente* "no se siente la mínima repulsión en tender la mano a los nuevos anticristos", en *oriente* un alma se levanta, con un grito casi profético, que *denuncia*, con su propia vida, la colosal mentira, y *anuncia*, a su nivel, claro está, la *verdadera liberación.* Su experiencia y su mensaje tienen un peso inigualable en estos momentos, y son para nosotros, hundidos en una corrupción, dirigida por los supuestos defensores del "espíritu", un signo de nuestras luchas auténticas, sin claudicaciones.

En efecto, casi se puede prever que las siniestras logias mundiales, ante las cuales se ha inclinado la soberanía de nuestra nación, *han decidido la destrucción de EE. UU.* y nuestra propia destrucción. Se ha decidido *eso*, posiblemente desde el propio EE. UU., aunque se escandalicen ciertos fariseos, cristianos y "católicos", partidarios de Kennedy. Uno de los brazos de la tenaza, destinada a la obra de destrucción, pasa pues por EE. UU. No confiemos pues sólo en su tecnología egipcia; confiemos como Chochlow en otras *realidades.* Pues la confrontación en el nivel de la tecnología bélico-política sólo es el *camino más corto* de la esclavitud universal, por lo menos en la situación presente. Chochlow, antes que el cardenal Ottaviani, ha señalado el abismo de "occidente", en su dramático encuentro con los norteamericanos, en el corazón de Alemania; y el Cardenal ha ratificado, magistralmente, la profunda visión de Chochlow. ¿No es esto un símbolo de nuestro verdadero itinerario?

CARLOS A. DISANDRO

SUMARIO